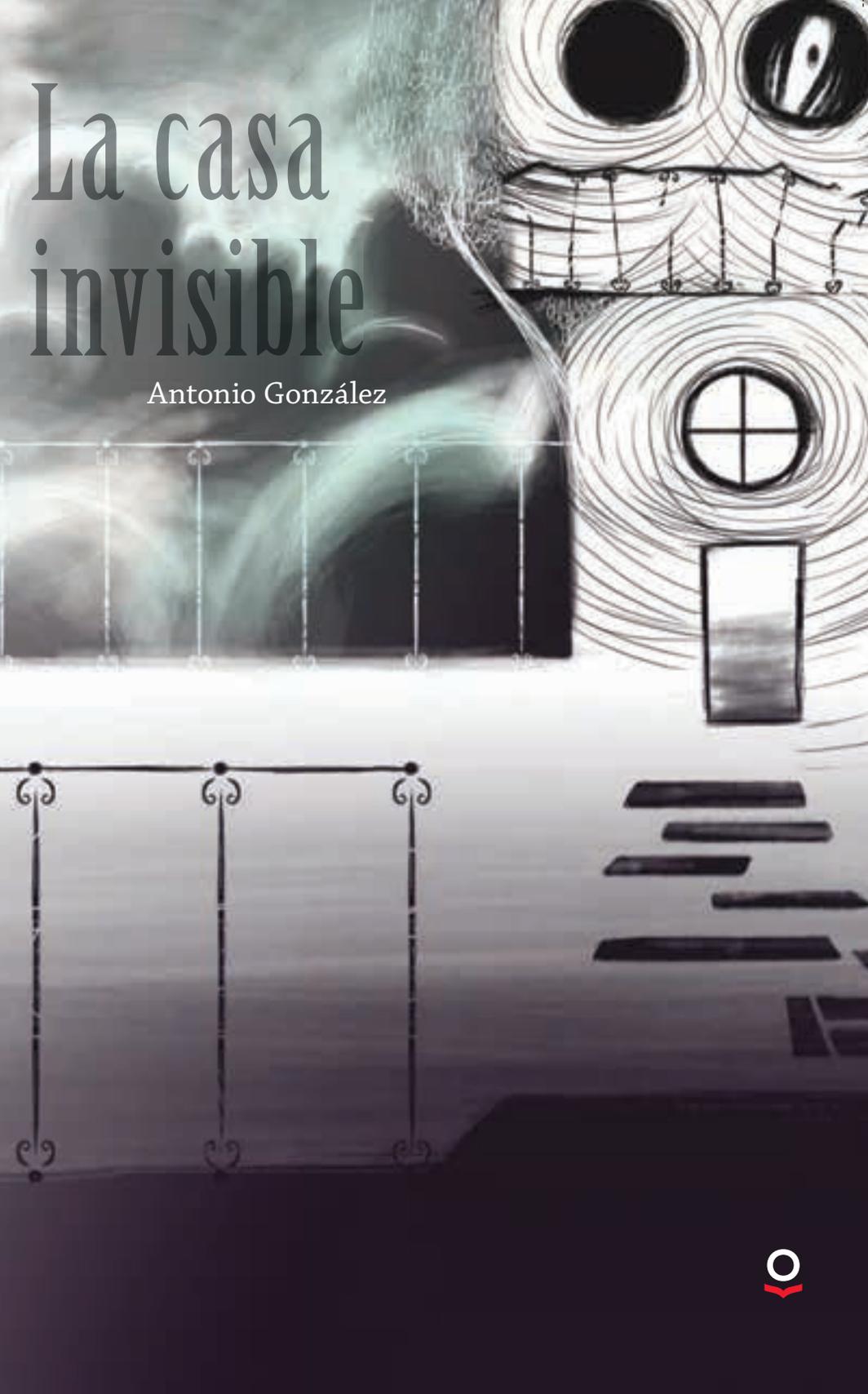


# La casa invisible

Antonio González



# Índice

<b>1</b>	Peligro de derrumbe. Orden 456839	9
<b>2</b>	Una visita inesperada	25
<b>3</b>	Aparece la señora Calmosa	35
<b>4</b>	Mamá, ¿qué es una hemeroteca?	45
<b>5</b>	El dedo huesudo	53
<b>6</b>	Los invitados	65
<b>7</b>	La Cápsula del Tiempo	71
<b>8</b>	¡El futuro!	83
	Epílogo La Casa Visible	93

## Peligro de derrumbe. Orden 456839

Primero hubo un largo silencio. A este lo siguió el chillido de Malik, que nos hizo pensar en una de esas sopranos que rompen copas, anteojos y todo cristal a su alrededor.

Conseguimos abrirnos paso por la casa invisible y su laberinto inestable de maderos, ladrillos y maleza, que parecía no tener fin, entre alaridos y cabellos erizados debido al susto. Casi podíamos volar.

9



Conocer la casa en detalle nunca fue sencillo. Las primeras veces, los carcomidos tablones de las gradas nos traicionaban. Con el tiempo, entendimos el «matemático orden» que las regía: 2, 3, 5, 7, 11 y 13. Estos eran los únicos escalones que —atravesados por enormes clavos torcidos— permanecían anclados a la estructura. Colocar el pie en el resto de los peldaños daba como resultado una inevitable y estrepitosa caída que levantaba invariablemente densas nubes de polvo y, por supuesto, carcajadas.

Ahora bien, cómo pudimos salir aquella vez es algo que permanecerá en el misterio, ya que ninguno tuvo tiempo de pensar en el orden del descenso. La ejecución fue mecánica, lo cual se adquiere con el conocimiento preciso de un lugar intrincado. Es como cuando caminas de noche por tu cuarto y sabes dónde está exactamente cada mueble, dónde duerme habitualmente el gato y dónde coloca su serpenteante cola (para poder evitarla). Vas a tientas, imaginando que algo misterioso surgirá de la nada, aunque a veces llegues a preguntarte qué era aquello peludo y pegajoso

sobre lo cual apoyaste la mano, un pie o cualquier otra parte del cuerpo.

Es un topo —dijo Malik atragantándose con su saliva, mientras colocaba el pie sobre el quinto escalón—. Pero no podía ser un topo. Yo los seguía de cerca y veía el cabello de Malik erizado del susto, que se asemejaba al de un puercoespín.

11

Es una rata —respondí tratando de aclarar la voz y la mente—. Y quizá sí lo era: una rata, una gran rata. Una megarrata. Cruzaba entonces la séptima y última grada segura.

Mapache —dijo Goyo, respirando de manera entrecortada, luego de levantar una densa nube de polvo cuando pisó tierra firme en el primer nivel—. Instantes después, los demás caímos sobre él y formamos una maraña humana de seis brazos, tres cabezas y mil miedos. Debíamos llegar a la puerta y salir a como diera lugar. Para entonces no importaba si lo que habíamos visto era uno u otro animal, o la mezcla mutante de todos.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha —repetí mentalmente mientras corría—. Pero entonces, sucedió lo ines-

perado: la última baldosa cedió y enterré el rostro en el suelo. Porque como ya habrán notado, algunas cosas seguían un patrón a menudo caprichoso y otras veces predecible en la casa invisible.

12 Fue como en las escenas de acción de las películas en las que el protagonista sale volando en cámara lenta por los aires luego de una terrible explosión, o cuando se libra de ser devorado por un tiranosaurio o escapa de las garras de un dragón de ocho cabezas. Algo así, pero sin todos los efectos especiales.

—¡Vamos, vamos! —gritó Goyo cuando abrió la puerta de golpe—. La luz de la calle se colaba en la casa, y esta también parecía gritar: «¡Vamos, vamos!», animándome para levantarme y continuar la huida. No supe en ese momento si algo se me había desencajado a causa de la caída. ¡Qué sé yo! En situaciones como esta uno no llega a darse cuenta de si dejó tirado el brazo o una pierna —aunque en las películas los actores ni siquiera se despeinan porque usan dobles—. Si yo tuviera un doble de acción cuando el peligro asecha, lo utilizaría siempre.



—¡Vamos! ¡Vamos! —gritaban Goyo... y la luz.

14

Entonces, volví a la vida, me puse de pie y corrimos tomándonos de las manos: Goyo, Malik, yo y nuestros mil miedos, saliendo al fin de la casa invisible, como un monstruo de película de bajo presupuesto. Como en uno de esos filmes en los que se nota la cremallera del traje de monstruo. Afuera, corrimos varias cuadras hasta que tuvimos la certeza de estar a salvo.

—Pues para mí que sí es un topo. Y no cualquier topo. Ese debe medir por lo menos tres metros, ¡o cuatro! No exageraría si les dijera que cinco. Estaba encorvado, es difícil saberlo—. Era Malik quien hablaba agitando las manos con dramatismo.

—¿De qué hablas? —respondió Goyo—. ¡Era más pequeño que un gato! Pero no era una rata tampoco —continuó, señalando mi supuesto error—. Era como de dos palmos de altura; bueno, talvez un poco menos. Eso sería como... como... veinte centímetros. Quizá un poco más. Estaba encorvado, es difícil saberlo. Debe de ser un mapache.

Entretanto, yo pensaba en un término medio, no en una rata. Quizá un metro cincuenta y cinco, lo que mide mi madre. Y no es que ella parezca topo, rata o mapache —o la mezcla de todos incluido el puercoespín—, pero considerando el susto, la oscuridad y lo inesperado del encuentro, cualquier opción era válida.

—Yo digo que regresemos —añadí sin titubear.

15

—¿Estás loca? ¿Pa-pa-ra q-q-ué vamos a vo-vol-ver? —dijo Goyo abriendo los ojos como nunca antes lo había hecho—. Y no es que él tartamudara usualmente, pero es que, con tanto traqueteo de quijada, las palabras le salían partidas. Era su reacción habitual ante el peligro, un golpe de mandíbula que va cediendo poco a poco hasta que se tranquiliza.

Yo estoy de acuerdo en volver, pero ¿no sería mejor hacerlo protegidos? —preguntó Malik.

—La idea fue bien recibida. No hubiese sido prudente entrar de nuevo indefensos. En las películas llevan algo que, con suerte, les permite seguir con vida. A veces es un látigo, o una piedra mágica, una espada o un fabu-

loso amuleto (cosas como la lágrima congelada de un duende o el cuerno de un unicornio). Sin embargo, ninguno de nosotros tenía en casa nada que se pareciera a esas cosas, ni falsa ni verdadera. Pero ya encontraríamos algo.

Así pues, acordamos reunirnos una hora más tarde frente a la casa invisible. Era mucho tiempo si se tiene en cuenta que vivíamos a solo dos cuadras, pero era de suponer que era tiempo suficiente para que el misterioso animal se marchara, ya que muy dentro de nosotros era lo que deseábamos.

Eran casi las siete. En la televisión presentaban *Las particulares aventuras de Juan Mañas*. Pero esta vez juramos no ver el programa y dedicarnos exclusivamente a buscar nuestro objeto protector.

—¡Es una promesa! —dijimos a una sola voz—. Y remarcamos nuestro juramento señalando con dedo acusador a quien estaba a nuestro lado. Luego de esto, partimos corriendo cada quien en dirección diferente.

Una hora más tarde, Malik y yo nos encontramos con precisión cronométrica. Ella se había forrado de cuerpo entero con ese plásti-

co que tiene burbujas de aire y que se usa para proteger cosas delicadas en grandes paquetes y también en sobres, lo cual parecía ser muy incómodo. Entre pequeñas explosiones de aire preguntó por Goyo. Él era de esos chicos que saben disimular muy bien el miedo, aunque se le meta entre los huesos. Eso sí, de pronto lo delata el castañeteo de los dientes, que suele ser muy fuerte; y, sin embargo, él insistiría en que no sentía ningún temor.

Justo entonces escuchamos el sonido particular de su batiente mandíbula. La sombra de un personaje de baja estatura, pero corpulento y de gran cabeza, se fue revelando a medida que avanzaba hacia donde nos encontrábamos.

—Ten-go frí-o —dijo a manera de saludo.

—Estamos a 38 grados —respondí con la seguridad que me daba el sudor que escurría por mi frente.

—P-p-pe-ero tengo frío —insistió.

—¡No, hace calor! —secundó Malik, quien sudaba bajo el ropaje de plástico.

—¡Bueno, a lo que vi-vi-vi-nimos! —animó Goyo chocando las mandíbulas con rapidez

admirable, aunque sin poder evitarlo—. Debajo de aquel casco de motorista y pechera de ampáyer era irreconocible. Sobre todo, porque ambos le quedaban muy grandes. Y tiritaba, el casco giraba sin parar sobre la cabeza, lo cual lo obligaba a acomodarlo de vez en cuando.

18

—Y tú, ¿qué traes? —preguntaron al verme igual.

—Yo... una linterna —respondí.

—Ambos se vieron a los ojos y lanzaron una increíble carcajada que resonó junto con las explosiones de burbujas de plástico y el choque de mandíbulas.

Cuando por fin pudieron hablar, preguntaron por qué creía yo, oh ilusa, que una linterna era la mejor protección. Y es que yo vi lo que ellos no pudieron ver: había imaginado cómo sería ese fabuloso escape —en caso de que ocurriera nuevamente—, volando por los aires mientras apuntaba con mi linterna directamente a los ojos de la bestia, cegándola momentáneamente durante nuestra huida, escalando por encima de maderos y ladrillos...

Los chasquidos de un par de dedos me sacaron de la ilusión. Entonces, simplemente les

dije que, si debíamos correr, esta vez sí sabríamos dónde poner el pie.

—¿No habrás visto *Las particulares*? —preguntaron a coro, sintiéndose traicionados—. Mi respuesta fue contundente:

—¿Acaso desconfían? ¿Acaso no hicimos un juramento?

Movieron la cabeza de arriba abajo y, luego de un breve silencio, entramos en materia. Se hizo necesario echar a la suerte quién iría primero y quién por último. El puesto de en medio era el codiciado. Otro tipo de negociación nos llevaría horas, pues en situaciones de peligro solíamos defender a capa y espada nuestras posturas. Y no teníamos tiempo.

Goyo tuvo mala suerte. Le tocó ir atrás. Luego de varios desempates a la piedra, papel o tijera, quedó definido el puesto del frente.

—Y como llevas la linterna, es lo más lógico —dijo Malik, sin disimular su felicidad al saberse protegida por la guardia y la retaguardia—. Yo, aunque me opuse rotundamente a utilizar este sistema para echar suertes, no pude hacerlos cambiar de parecer. Además, aunque confiaba mucho en sacar piedra, esa

vez me resultó poco útil y no me quedó otra opción, tuve que aceptar y avanzar.

—Hay otras formas —les aseguré.

—Esta es la que sirve —respondieron sin pretender dar batalla.

—Pero hay otras —insistí.

20 —Pero esta es la que sirve, y tú llevas la linterna —concluyó Malik—. ¿Para qué serviría una, si fueras atrás o en medio?

—Bueno, ya dejen de hablar como loros y entremos —dijo Goyo sin que el choque de sus dientes dejara de oírse.

Y así lo haríamos. Aunque me siento obligada a agregar que siempre me ha sorprendido cómo ese niño de dientes que chocan entre sí como las castañuelas se las ingenia para perder el miedo, a pesar de que su cuerpo demuestra totalmente lo contrario.

Abrir la puerta para entrar en la casa invisible era como trasladarse a otro mundo.

A estas alturas ya sabrán que aquella vivienda no era realmente invisible. Pero, a pesar de que había algunas paredes en peligro de colapso, la mayoría permanecían en pie, con maleza adherida a ellas, surgiendo de las

partes altas. Enormes ramas crecieron desde el techo, en la parte más elevada de una esquina, las cuales buscaban la luz que apenas entraba por una de las ventanas que daba a la calle. En las paredes, algunas hojas gigantes cubrían agujeros que comunicaban una habitación con otra. Las pocas puertas que se conservaban intactas requerían de ciertos trucos para poder abrirse.

21

Lo que alguna vez fue el baño aún conservaba el lavamanos turquesa, y sobre él reposaba un espejo que ya no reflejaba absolutamente nada, debido a la suciedad impregnada, a los hongos adheridos y porque, además, estaba roto. Una tina con patas de león se adivinaba al fondo. En ella habíamos jugado a los piratas en muchas oportunidades. Solíamos amarrarle al palo de una escoba la vieja sábana hecha de retazos que encontramos sobre una cama vieja del segundo piso. Era nuestro velamen. Habíamos dejado aquel palo allí, y a las pocas semanas, por alguna razón inexplicable, había echado raíces.

La llamábamos la casa invisible porque a nadie más en la ciudad parecía importarles si

estaba allí o no. Todos se acostumbraron tanto a verla que, al mismo tiempo, dejaron de verla. Tanto así era que, si la casa invisible fuese demolida mañana, todas las personas se preguntarían al día siguiente qué había en ese lugar. Y, con el tiempo, si se construyese una nueva casa, nadie la echaría en falta y ninguno podría recordar lo que había antes en el solar. Pero si la casa permanece allí toda la vida, para siempre, así como estaba, a nadie le importaría. Entonces se habría convertido aquel en un espacio vacío, olvidado. Una casa invisible.

Estaba deshabitada desde que yo tenía memoria. Cuando nací, se encontraba en ruinas. Supimos de ella por primera vez el día que casi se estrella contra su parte frontal el bus de la escuela, cuando un carro negro se detuvo de repente delante de nosotros y de él bajaron dos hombres vestidos de negro, caminaron hacia ella, apoyaron una escalera contra la fachada y clavaron de dos martillazos un rótulo amarillo del dintel, que decía: «Peligro de derrumbe. Orden 456839».

Los hombres se subieron en el carro y se alejaron a gran velocidad.

—No se preocupen, niños —dijo el chofer, empapado en sudor—. Nos vamos.

—¿Quiénes eran esos señores? —preguntó Malik, con la boca pegada en la ventana del conductor.

—Son de la Oficina Responsable de Bienes Inmuebles —respondió el conductor, mientras despegaba los labios de la niña del cristal y la llevaba a su puesto, junto al mío.

—Entonces puso el bus en marcha. No comprendimos qué era eso de la oficina de los «viernes sin muebles», pero tampoco nos importaba gran cosa. De esa manera comenzó mi primer día de clases en la nueva escuela. Mientras nos alejábamos de la casa, supe por alguna razón que volvería a ella.